



TAZACORTE



## LA PÉRGOLA

### CORAZÓN DE LA VILLA Y PUERTO DE TAZACORTE

Luis Sánchez Brito

*Cronista Oficial de la Villa y Puerto de Tazacorte*

**E**n ocasiones, algún objeto, algún espacio, están tan junto a nosotros y desde tanto tiempo, que acabamos por no percatarnos de la importancia de su presencia. Hasta que un buen día advertimos que ha estado siempre ahí, y lo miramos con ojos nuevos; con la grata sorpresa de haber descubierto lo que, por cercano y frecuente, se nos había escondido.

Esto sucede a los hijos de Tazacorte con la Pérgola. Ella ha sido y es un elemento tan natural, tan usual en su vida diaria, que la asumen como la camisa, como las gafas, como el reloj de pulso...

Prácticamente, no la ven: **la llevan puesta.**

Pero la Pérgola, sin inmutarse, sigue estando en la paz del amanecer, en el ajeteo de la mañana, en el cansancio del mediodía, en el prodigio de las puestas de sol que se cuele por los entresijos de sus columnas.

La Pérgola, en algún instante, despierta y pregunta:

*– ¿Nadie, ni los que han descansado, han charlado, han enamorado en mi regazo y han bailado a mi alrededor, me va a decir que soy*

*hermosa; que tengo una bellísima piel de azulejos y una divina cabellera de buganvillas? ¿Nadie...?*

— • —

La Pérgola, por supuesto, como todo lo que nace o se hace, tiene una historia.

Se hizo allá por los inicios de los años treinta, no mucho después del acceso de Tazacorte a Municipio nuevo, y su acontecer está ligado al desarrollo de lo que en principio fue Plaza de la Iglesia; luego, por este orden, Plaza del Directorio, Plaza de la República y, finalmente, Plaza de España. A fuer de Cronista, he pretendido investigar cómo fue hecha, y he de confesar que pocas veces me he visto en tamaño aprieto. Consultados los Libros de Actas de las primeras Corporaciones municipales, sólo he podido hallar acuerdos previos y breves, más en la línea de buenos propósitos que en la de realizar, efectivamente, la obra. Véase si no:

*– Pleno del 4 de Julio de 1931: “Por el Concejal Sr. Hernández Candelaria se propuso de que en lugar de construirse otra Pérgola en la otra parte de la Plaza de la República, antes del Directorio, como se tiene acordado, debía arreglarse con una especie de jardín al centro, el que será cuidado y atendido, y aún sembrarle de flores, por varias señoritas que se han comprometido a ello, siempre que para su riego y atendimiento se le coloque en él una llave de agua...”*

Aparte del encanto y la ingenuidad del tema y de la errática redacción del acuerdo, sorprende que se haga referencia a una presunta Pérgola preexistente. Es lícito suponer que había algo en el centro del espacio norte de la Plaza a lo que llamaban Pérgola, pero no precisamente la actual.

En el mismo mes de julio de 1931, concretamente el día 18 aparece este otro acuerdo plenario: *“Pasóse a tratar sobre el acuerdo pendiente, tomado en la sesión del día cuatro del corriente, relativo a la Plaza de la República, de convertir la otra parte, en donde se hallaba acordado construir otras pérgolas, en un jardín, acordando en su vista de que se haga así, previo nuevo plano que se presente para su aprobación por este Ayuntamiento”*.

A partir de aquí, ninguna referencia en los Plenos municipales. Sin embargo, en un artículo de prensa firmado con las siglas J.G.S. y publicado en el

diario *Hoy* del 21 de junio de 1933, consistente en entrevista a quien había sido, hasta fecha reciente, Alcalde de Tazacorte, don José Lorenzo Pérez, se atestigua que la Pérgola, tal como ahora la conocemos, ya había sido realizada. Transcribo literalmente, por su interés, lo que concierne a la Pérgola en la citada entrevista:

*“A la pregunta sobre obras realizadas durante su mandato, don José Lorenzo contesta: En urbanización y ornato no han permitido los escasos recursos municipales hacer grandes cosas, aunque se hizo con ellos cuanto se pudo. (Esto es verdad, pero nosotros sabemos que hizo una obra muy significativa –la hemos visto, por lo menos–. En medio de su plaza principal se alza una significativa marquesina hecha con azulejos sevillanos, de factura perfecta en elegancia y técnica, que da a la plaza un tono de modernidad y de buen gusto. Cuando las especies trepadoras plantadas a su alrededor cubran dicha marquesina, cosa que se va consiguiendo, se alcanzará el intento y se completará la obra. Ella puede marcar en un pueblo modesto como Tazacorte, la fecha de una gestión y el paso de un hombre por la Alcaldía”.*

Se cuenta, pues, con el testimonio escrito de que la Pérgola de los azulejos hispalenses ya estaba hecha en 1933. ¿Cómo y en virtud de qué acuerdos de Pleno y contabilización de gastos? A falta de otras resoluciones plenarios siguientes a las breves y poco precisas del 4 y 18 de julio de 1931, el cronista que suscribe, apelando a sus experiencias como Secretario de Administración Local, se permite suponer que en aquella época, en la que la dotación presupuestaria para obras del jovencísimo Ayuntamiento cabía en una hucha y la gestión de un expediente de presupuesto extraordinario implicaba dificultades a un personal habilitado que jamás se había topado con semejante reto, tanto el acopio de ingresos como la realización del gasto que suponía la adquisición de los azulejos de Sevilla, se hizo y contabilizó al margen de la administración municipal, aunque bajo su dirección y control. Es una suposición que personas que ya no viven, o documentación que hasta ahora no he podido hallar, podrían confirmar o corregir.

En todo caso, aseguraría que en la construcción de la Pérgola tuvo mucho que ver, saltándose formalidades difíciles o dilatorias, la voluntad de todo un pueblo, cooperando mediante aportaciones privadas, organización de bailes,

rifas u otros medios, y la pasión y el gusto de don José Lorenzo por la industria del azulejo sevillano (don José poseía libros de muestras de la citada y artística actividad, y debió colaborar en los proyectos, eligiendo el azulejo que le pareció más adecuado y ejerciendo, como en él era habitual, una continua vigilancia en la ejecución de la obra). Sorprende, en fin –y acaso aclare la cuestión–, que en la reseñada entrevista, el ex-Alcalde eluda discretamente mencionar la Pérgola como obra importante de su mandato, y que sea el periodista el que dé testimonio de su existencia porque, aunque nadie se lo haya dicho, “él la ha visto”.

Hasta aquí, la sorprendente e imprecisa historia de cómo se realizó la Pérgola. Luego, la madre Naturaleza, que no necesita acuerdos municipales ni farragosos expedientes para hacer lo que le apetece, cumplió con lo previsto en el citado artículo de prensa. Es decir, “las especies trepadoras plantadas a su alrededor” han cubierto la Pérgola, por los años de los años, con perenne y bellísima esplendidez.

Y la última pregunta: ¿De cuántas historias no ha sido, es y será testigo?

Puede que el cuento dedicado a la Pérgola con la que el cronista –más que cronista, autor de cuentos– se propone rematar la faena, no sea crónica de un suceso real. Pero por encima –y por debajo– de la realidad de cómo fue construida y de las historias verdaderas que se han sucedido a su alrededor, está el hecho de que es un lugar mágico. No el centro administrativo del Municipio; no el centro urbano; no el centro comercial. Sencillamente, el **corazón de la Villa y Puerto de Tazacorte**.

## LA PÉRGOLA

### BREVE HISTORIA DE UN DESENCUENTRO

**M**aría, la Mistela, bajaba sin prisa la Cuesta Cardón. Le condicionaban el paso la mucha pendiente y la mucha edad.

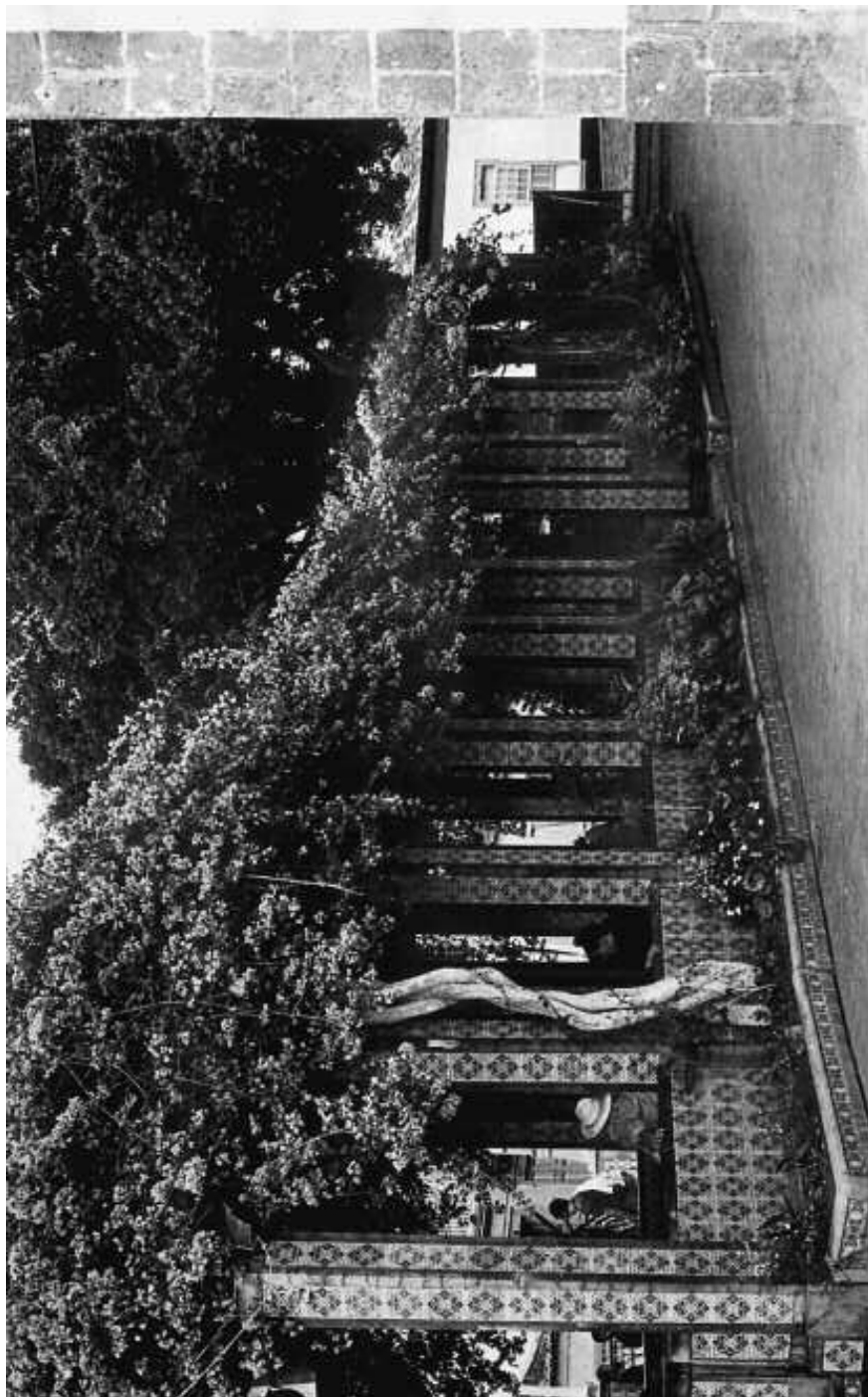
María, a la que llamaban la Mistela porque su abuela tuvo fama de hacer el mejor licor de naranja que se hizo nunca en Tzacorte, rondaba los setenta y cinco, y el propósito de su paseo era visitar en el barrio de San Borondón a su hermana Rosa, aquejada de una majadera gripe que la tenía a mal traer.

Al fin, la cuesta se allanó en Plaza, Iglesia y Pérgola. Una Pérgola rectangular, con techo de buganvilla añosa y tachonada de antiguos y bellísimos azulejos. A través de los huecos entre columnas y de los racimos de flores rojas, lilas y de color miel, se colaba el sol del ocaso, mientras el campanario de San Miguel advertía el comienzo de la Misa de la tarde.

La Mistela se propuso recuperar el aliento antes de reanudar su camino. Bajó los escalones de acceso a la Plaza y se sentó al principio de uno de los bancos de la Pérgola larga y acogedora, excepcionalmente vacía.

— • —

Nicolás Cañoto, que ya pasaba de setenta y ocho, subía con cierta dificultad la ligera pendiente de la calle Miguel de Unamuno, en dirección a la Plaza. Soltero, más que por vocación, por una profunda timidez que nunca había conseguido dominar, en cuanto arribó a la Plaza, se sentó, cansado, en



Evocadora estampa de La Pérgola de Tazacorte.



el inicio de la Pérgola; advirtiendo que sólo una señora, más o menos de su misma edad, estaba sentada enfrente y en el otro extremo.

Ensimismado, Nicolás meditaba:

*“Si no hubiera sido por lo de la venta de la casa de mis padres en Los Pajeros, no hubiera hecho este viaje. Bien advertí a mi sobrino Juan que iba a encontrarme un mundo muy distinto al que dejé, más aún la gente que las cosas. Que de los amigos que tuve hasta los diecinueve años en que embarqué hacia Venezuela, lo probable es que no hallase ninguno vivo. ¡Y así había sido, Dios! He preguntado por Efraín para jugar una partida de dominó en la Plaza de la Vica, y por Antonio Magdalena para echar una partida de carambolas en el bar de Macario; al menos para hablar de las aficiones que compartimos. Y ya no están. Ni ellos, ni Macario, ni la mesa. Me siento una sombra que no encaja en este Tazacorte que me desconoce y que desconozco. Mañana, cuando me acomode en el avión para cruzar definitivamente el charco, de esta visita postrera no quedará, acaso, ni tristeza. Sólo una vaga añoranza de lo que fue, y algo que contarle a los chavales de mi sobrino”.*

Nicolás volvió a la realidad. Miró de soslayo y se fijó en la mujer que descansaba al otro extremo de la Pérgola. Los débiles rayos de un sol a punto de ocultarse parecían envolverla en una aureola mágica.

*“Guapa debió ser –pensó–.¿No será acaso María? No, no es... ¿O sí?”*

Nicolás Cañoto rememoró entonces los días de su niñez. Se vio crío de ocho, haciendo diabluras en aquellos mismos bancos, sobre aquellas superficies de una lisura tersa y resbaladiza, consecuencia del roce continuo de tanto pantalón corto, faldas con grandes lazos tras la cintura, manitas y piernas ávidas de jugar y moverse. Como un recuerdo lejano pero preciso, pasó por su mente la más viva de las imágenes: la de la pitusa de Lola la Mistela, menudita y ágil, morena del sol del Puerto, saltarina como ninguna de bancos, muros y parterres de la Pérgola de la plaza: enseñadora en ocasiones, sin quererlo ni saberlo, de unas braguitas blancas que ilustraron el nacer casi angelical, casi inocente, de la sensualidad del pequeño Nico.

*– “Parece que sí, que es ella...”*



Interior de La Pérgola de Tazacorte.

Luego recordó el único viaje que se permitió hacer a Tazacorte, cumplidos los veintisiete años y consolidado el modesto negocio de cafetería que había instalado en la misma calle de su domicilio en Caracas. El viaje de la primera nostalgia, imperiosa: muy corto, de diez días, en la segunda quincena de septiembre del año cuarenta y siete.

Volvió a ver el pasado como en una película:

*“Fue entonces, en la verbena de San Miguel, cuando estuve con los amigos por los alrededores de la Pérgola. La orquesta Bolero amenizaba, desde la propia Pérgola, el baile de la Plaza. Me fijé en una guapa joven sentada en la balconada que la circunda. Como ahora, me pregunté: ¿será María? Era, por supuesto. Me acerqué con ánimo de invitarla a bailar, pero en el último instante le cogí un tremendo miedo al repudio; sin detenerme, la miré, y aunque ella pareció alentarme, pasé de largo.*

*Dos días después regresé a Caracas, a mi cafetería; a mi vida de soltero trabajador y puntual”*

Años más tarde, Juan, el sobrino, viviría también la experiencia de emigrar a Venezuela, acogiéndose al amparo de Nicolás. Acabó regentando el negocio, formando una familia; devolviendo a su tío, de por vida, el favor de amparo, y propiciándole esta última visita a su pueblo.

Por eso, tras cincuenta años de ausencia, estaba allí, en la Pérgola, reviviendo recuerdos inútiles y consumiendo sus últimas horas en la Isla.

— . . .

A María no le había pasado inadvertida la atención del hombre. La mujer tiene un sentido especial para captar actitudes y gestos imperceptibles. Ella también se había hecho, en silencio, la misma pregunta:

– *“¿Será Nicolás, el hijo de Sebastián Cañoto? He oído decir que ha vuelto; ¡después de tantos años, madre mía!”*

Tras la pregunta sin respuesta, la memoria de María se pobló de recuerdos.

*“De niña me gustó aquel chiquillo serio y tímido que me miraba de reojo cuando jugaba con mis amigas alrededor de la Pérgola. Ya mayorcito me siguió gustando, pero no hubo forma. ¡Era tan corto! Luego se me fue a Venezuela. Volvió sólo una vez, jovencito aún, y ni siquiera entonces se atrevió a sacarme a bailar. ¡Qué hombre, Dios!”*

María la Mistela se había repuesto de su cansancio y regresado al mundo presente y real de la gripe de su hermana Rosa. Se levantó, y con la lentitud a que la obligaban sus piernas, afectadas por la flebitis, recorrió el largo pasillo entre columnas y buganvillas. Cuando pasó al lado del hombre, se miraron un instante, volviendo a hacerse la muda pregunta:

*“¿Será éste Nicolás Cañoto?”*

*“¿Será ésta María la Mistela?”*

Tras las miradas fugaces, como el cruce de dos gaviotas en el atardecer del Puerto, la mujer bajó, con sumo cuidado, la escalera de la Plaza. A poco, más ligera de cabeza y de pies, desandaba la acera de un San Borondón alargado y actual, como la vida misma.

— • —

La Pérgola, testigo de un último desencuentro, se arrebujaba, finalmente, en el sueño de la noche.

— • —